



LA SENDA DEL COBARDE

Marc Soler Santamaría

LA SENDA DEL COBARDE



Primera edición: enero de 2025

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Marc Soler Santamaría

ISBN: 978-84-10400-88-7

ISBN digital: 978-84-10400-89-4

Depósito legal: M-27914-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A Edgar y Aran,
que fueron los primeros en leerla.*

PRIMERA PARTE:

EL COBARDE

Saber qué es lo correcto y no hacerlo es la mayor cobardía.

Confucio

Mayoría de edad

Ryen estaba tumbado en la ladera de la colina, su lugar favorito, con las manos entrelazadas en la nuca, y silbaba a la luz de la luna.

Los miles de millares de estrellas que brillaban en la noche estaban fuera de su alcance y, aun así, parecían tan cercanas que podía tocarlas con sus propias manos. Ryen alzó el brazo e intentó coger una con el pulgar y el índice. El frío viento de levante agitó los escasos árboles esqueléticos que había cerca y le revolvió el pelo y los sencillos ropajes. Una lechuza pasó volando por encima de su cabeza, una frenética sombra en la inmensidad de la noche. La luna se alzaba orgullosa y llena en lo alto, acariciándole el rostro con su tenue luz.

Se le escapó un largo y amargo suspiro. La noche podría ser perfecta, de no ser porque Ryen acababa de cumplir diecinueve años. Estaba a un paso de convertirse en adulto.

El sonido de pisadas contra la hierba húmeda le indicó que había llegado el momento. Llevaba semanas sospesando la idea de huir antes del día aciago, consciente de que significaría su tumba. Le había dado vueltas y más vueltas, pero al final hizo tripas corazón y decidió quedarse. Mejor esto que la muerte, ¿no?

Ahora, cuando estaba tan cerca del momento decisivo, la idea de salir por patas le parecía de lo más tentadora.

Intentó mantener la calma. Si se mostraba asustado las cosas podrían ponerse aún más difíciles. Debía ser todo lo valiente posible. El miedo era el peor de los enemigos, y de enemigos Ryen tenía a cientos.

Los pasos dejaron de escucharse y una silueta negra tapó la luna. Ryen entornó los ojos y reconoció a Biers. Los ojos brillantes del joven rezumaban desprecio puro. Se odiaban a muerte el uno al otro. Biers era un joven impulsivo y violento, un tyrethano de los pies a la cabeza, cosa de la que nunca se cansaba de fardar. Pero aún no había alcanzado la mayoría de edad y no podía soportar que Ryen, un forastero entre los suyos, se convirtiera en adulto antes que él. La envidia rezumaba por cada uno de sus poros.

—Levanta, *kirsha*. En la aldea hace rato que te esperan.

Ryen ignoró la ponzoña de sus palabras y dio un último vistazo al cielo nocturno. Las estrellas se mantuvieron impertérritas, ajenas a sus patéticos problemas, y eso le dio una pizca de valentía. Dio otro de sus largos suspiros y se levantó con parsimonia, disfrutando de la impaciencia de Biers.

—¿Te quedarás a ver el ritual? —preguntó Ryen con una media sonrisa. Las facciones de Biers se oscurecieron y apretó ambos puños con fuerza—. Quizá te sirva para no cagarla cuando llegue tu turno en... ¿tres meses aún? No sé si podrás soportar la espe...

Biers descargó el puñetazo a gran velocidad. Ryen ya se esperaba algo así. Sin perder la sonrisa, no hizo ademán ni esfuerzo para evitarlo y el puño se hundió con un crujido en su nariz. Con la cabeza zumbándole y la sangre corriéndole por la boca y la barbilla, el joven acentuó su sonrisa. Biers jadeaba mientras se frotaba los nudillos ensangrentados.

—Espero que te hayas quedado a gusto, pues este será el último puñetazo que recibiré de ti —dijo Ryen con voz nasal, tapándose la nariz con la mano para intentar suavizar la hemorragia. No estaba seguro de si estaba rota—. Si nos encontramos de nuevo las cosas serán muy diferentes.

El joven tyrethano escupió a los pies de Ryen.

—Una amenaza vacía de un *kirsha* al que le da miedo luchar. Tus palabras se las lleva el viento—. Lo cogió con fuerza del brazo y lo arrastró dirección a la aldea, asentada justo detrás de la colina. El humo de la gran hoguera se alzaba amenazador como advertencia. Biers torció el rostro con una sonrisa lupina y le apretó con más fuerza—. Si nos encontramos de nuevo, te mataré. Espero que lo recuerdes.

La aldea del clan de los Pumas de Plata bullía de actividad. Habían encendido la gran hoguera ceremonial y a su alrededor la gente charlaba y bebía, acompañados por el retumbar de los tambores. Los más borrachos bailaban al ritmo del compás. Iban ataviados con largos ropajes ceremoniales rojos y negros y alrededor del cuello lucían amuletos felinos y brazaletes plateados en las muñecas. Todos los presentes se habían pintado el rostro emulando las nobles facciones del puma. El ambiente estaba enrarecido, como si se obligaran a sí mismos a gozar de la ceremonia. A Ryen no le supuso ninguna sorpresa, pues se estaba celebrando en su honor.

Biers lo guiaba entre los aldeanos, que se apartaban entre murmullos y señalaban al infame forastero sin pudor. Se escuchaban risitas burlonas, se fruncían ceños amenazadores. Un grupo de chiquillos correteaba a grandes carcajadas.

Rudimentarias máscaras de puma ocultaban sus infantiles rostros. Ryen los observó con un profundo sentimiento de tristeza y nostalgia. Él nunca fue un niño alegre, pero echaba de menos esos tiempos más sencillos. A esos niños no debía de quedarles demasiado por cumplir los siete años. Ese momento marcaría el fin de su niñez y los adentraría en un mundo de hambre, miedo y sangre.

—Camina —Biers le dio otro fuerte empujón. Ryen se había quedado tras-puesto, perdido en sus pensamientos—. ¿Qué tal la nariz?

—Ha visto tiempos mejores —terció con una mueca. Reanudaron la marcha. Se miró las manos llenas de sangre seca y supuso que su rostro estaría igual de mal. Un motivo más para ser el hazmerreír del clan—. ¿Qué tal la mano?

—Ya no duele.

—Me alegro.

—Cállate y camina.

Acabaron de rodear la gran hoguera y se detuvieron ante la tarima de madera, un rectángulo elevado unos dos pies por encima del suelo. Riamhom, el cabeza de clan, los estaba esperando. Lo acompañaban Pothinia y Tiak, sus principales consejeros. Riamhom alzó su brazo grueso y velludo y los tambores acallaron de golpe. Los labios se apartaron de las jarras, los pies dejaron de brincar, los niños detuvieron sus inocentes juegos. El jefe, que parecía un gigante debido a su tamaño desproporcionado, le indicó a Ryen que subiera con una sacudida de cabeza.

Consciente de que ahora todo el mundo había puesto en él su atención, Ryen titubeó. Un nuevo empujón por parte de Biers acabó de espabilarlo. Las risas murieron de golpe ante la reprobadora mirada de Riamhom. Ryen subió los escasos peldaños con paso inseguro, la madera doblándose ante su peso con un crujido. Debía de ser madera muy vieja, pues él no era corpulento.

Necesitó armarse de valor para alzar el rostro y aguantarle la mirada a Riamhom, respetado jefe entre los clanes de Tyrethee, y su maestro hasta esa misma mañana. El fuego de las antorchas crepitó con fuerza y las chispas volaron raudas hacia el cielo despejado y brillante. A pesar de que Pothinia y Tiak estaban sudando a mares bajo las sendas túnicas, Ryen se sentía como si se hubiese caído en el río en pleno invierno. Tenía las manos entumecidas y un sudor frío le hizo estremecerse.

El silencio era absoluto y la tensión tan patente que podría cortarse con un simple alfiler. Riamhom lo rompió con su profunda voz, similar a los cuernos de guerra:

—Comencemos.

Ryen respiró de nuevo con cierta dificultad. Se estaba mareando, pero debía aguantar como fuera. Había tomado su decisión y no podía mostrar ningún atisbo de flaqueza

—Hoy es el décimo séptimo día de la Estrella de los Gemelos —prosiguió Riamhom—. Hace diecinueve años el clan de los Ciervos de Granito encontró a Ryen en las puertas de su aldea y decidieron criarlo a pesar de no ser tyrethano de nacimiento —los espectadores cuchichearon furiosos y Riamhom les dejó regodearse durante unos segundos interminables. Ryen, de tan apretados que tenía los puños, se hizo sangre con las uñas—. El diecinueve es un número especial en Tyrethee. Nuestro padre Gorkhan, el Séptulo Guerrero, moldeó Tyrethee junto a sus dieciocho hijos hace ya más de cuatro milenios. No hay mayor honor que honrar la memoria y el legado de nuestros ancestros.

De niño, Ryen escuchaba absorto las increíbles proezas y las sangrientas guerras de los siete Séptulos, hermanos de poder divino que se disputaron durante eones el control del Mundo Conocido sin que nunca se alzara un claro vencedor. Sus guerras rompieron el mundo en siete pedazos.

El Ryen casi adulto sintió cómo se le revolvían las entrañas al escuchar a Riamhom mencionar a los supuestos dioses.

—Esta noche Ryen se convertirá en adulto, y como tal deberá decidir su futuro —si es que podía llamarse «futuro» a lo que le esperaba—. ¿Alguien tiene algo que decir?

Nadie dijo nada, aunque era evidente que todos estaban en contra del ritual. Por mucho que Ryen se hubiera criado en Tyrethee, crecido según sus excéntricas costumbres y acatado sus estrictas reglas, seguía siendo un completo extraño, un impostor. Y los tyrethanos *odiaban* a los forasteros.

—Es un *kirsha* —acusó una voz decidida. Biers, por supuesto—. Ni siquiera debería estar vivo.

El murmullo se convirtió en un cuchicheo acusador y enrabiado. Les habían dado un motivo para quejarse y hacerse oír y no lo iban a desaprovechar. Ryen apretó los dientes, respirando hondo, vaciando su mente. Había aguantado su desprecio desde que tenía memoria. Si le ponía empeño tan solo tendría que soportar una última noche de vergüenza e impotencia.

—*Kirst* Biers —Riamhom los acalló como quien mata una mosca de un golpe—. ¿Cómo osas insultar a un compañero durante el rito? Y llamándolo de ese modo despreciable, nada menos.

Cualquiera se habría sentido intimidado ante la reprimenda del jefe del clan, pero Biers no se dejaba asustar con facilidad. Su enorme valentía era equivalente a su conocida estupidez. Se encaminó hacia la tarima con orgullo, disfrutando como nunca de ser el protagonista.

—Es una vergüenza y una deshonra que un forastero sea bendecido como uno más de los nuestros —rugió con ojos brillantes de rabia—. Si el Padre de

Todos y sus hijos nos vieran ahora, ¿qué pensarían? —Se cruzó de brazos y alzó su mirada de desdén hacia la tarima—. Y tú, que eres nuestro jefe, deberías saberlo mejor que nadie. ¿Por qué permitirlo? —Se dio la vuelta y separó los brazos con furia—. ¿Por qué avergonzar nuestro legado de este modo? ¿Acaso ahora somos unos herejes?

—¡No! —gritaron los aldeanos.

—¡Cómo te atreves! —chilló el viejo e impresionable Tiak—. Esa es una acusación muy grave, *keirst*. ¡Deberíamos callarte la boca a golpe de vara!

—Eso no será necesario —Riamhom apaciguó el creciente alboroto con su potente voz. Pasó por alto la acusadora mirada de Biers y se dirigió a Ryen, quien deseaba con todas sus fuerzas que se lo tragara la tierra—. ¿Ni siquiera te defiendes, Ryen? Estás a un paso de formar parte del mundo adulto en Tyrethee. Es tu deber hablar por ti y tus intereses.

Ryen tragó saliva con fuerza. Miró a Riamhom, gigante y severo; a Pothinia, menuda y orgullosa; a Tiak, exaltado y nervioso; a Biers, todo violencia contenida. Se encaró con el público, las más de cien personas que componían la aldea. Contuvieron la respiración.

Había vivido toda su vida con miedo por la incertidumbre de si despertaría al día siguiente o le rajarían el cuello por la noche. Ya estaba harto de temer a todas horas. Había llegado hasta aquí, ¿no? Y sin otra ayuda que la de sí mismo. Llevaba diecinueve años nadando contracorriente, solo contra el mundo. Ya era hora de que el mundo lo reconociera de una vez por todas.

Respiró hondo y habló:

—Me llamo Ryen. Sé que a más de uno se os habrá olvidado, así que no está de más recordároslo. Por mucho que os duela u os enfurezca soy un ser humano como vosotros y llevo mi nombre con orgullo —chasquidos de lengua, insultos envenenados. En vez de amilanarse, siguió adelante—. Me crie como un niño tyrethano y nunca puse pegas al respecto. Entrené hasta la extenuación y nunca me quejé en voz alta. Me enfrenté a las Tierras de la Gloria, el infierno de Tyrethee. Maté para sobrevivir. Y regresé, cosa que no hicieron algunos de vuestros hijos e hijas.

La hiriente puya desató un susurro encolerizado entre el gentío. Ryen se contuvo para no dejar escapar él también su rabia, que se le acumulaba en la boca de su estómago. A esos hipócritas no les dolía la pérdida de sus hijos, sino la deshonra que eso representaba para el nombre de sus familias. Estaban locos de atar.

—Acepté que se me arrancara del clan que me dio un hogar durante mi niñez y me trajera aquí, entre los Pumas de Plata —continuó—. Acaté las ór-

denes, apreté los dientes durante años y me volví un arma letal, todo a lo que aspiran los hijos de Tyrethee. Me convertí en alguien tan digno como cualquiera de los aquí presentes—. Inspiró hondo y su grito atravesó el cielo estrellado—: ¡Soy más que digno, joder!

La luz de la gran hoguera iluminaba parcialmente rostros contritos por la sorpresa, casi boquiabiertos. Ryen miró desafiante a Biers, que se había quedado sin habla por primera vez desde que lo conocía, y se dirigió a Riamhom:

—¿Podemos seguir?

El jefe sacudió la cabeza como un perro podría haberse sacudido las pulgas y su cara de estupefacción se endureció.

—Sigamos. Ya hablaremos más tarde de lo ocurrido.

Pothinia y Tiak se acercaron al candidato uno por cada lado. La mujer sostenía entre sus manos la centenaria funda de una espada de combate tyrethana y el anciano, por su parte, abrazaba con brazos temblorosos un bebé de apenas unos días, que se removía en sueños. Ambos hablaron a la vez y a Ryen se le erizaron los pelillos de la nuca.

—Cuando un hijo de Tyrethee se hace adulto, debe escoger: puede abandonar su hogar y honrarnos a lo largo y ancho del Mundo Conocido como los mejores guerreros del presente —Pothinia alzó la imponente vaina de la espada a la luz de la luna y Ryen se encogió—, o por el contrario se quedará con su clan y será responsable de generar las nuevas generaciones, las leyendas del mañana —Tiak alzó el menudo bebé, que lloró con fuerza al no percibir a su madre. Ryen entrecerró los ojos y dio un paso atrás—. Debes elegir, Ryen, digno de tu nombre. Elige y no habrá vuelta atrás.

Ya está, el momento crítico había llegado. Las palabras murieron en su garganta antes de que pudiera pronunciarlas. Decir que estaba aterrado era quedarse corto. Nadie en toda la historia de Tyrethee había tomado la decisión que Ryen estaba a punto de anunciar, siempre y cuando recobrarla el habla. Nadie había sido tan necio. Lo más seguro es que no viviera para contarlo.

Pero si eso significaba que su máxima ambición equivalía a una vida que no quería, no valía la pena vivirla. Estaba harto de engañarse a sí mismo y esconderse dentro de su carcasa para que no le hicieran más daño del necesario.

Alzó el rostro con la vista empañada, pero decidido. Sintió el conciliador calor de la hoguera en el pecho. Era un adulto. Debía tomar las riendas de su vida y enviar a la mierda todo lo demás. Dio un paso adelante.

—He tomado mi decisión —anunció con voz potente, a pesar del timbre de ahogo. Se puso una mano en el pecho, el corazón retumbándole alocado—. Me elijo a mí mismo. No seguiré vuestras costumbres.

Silencio helador.

Sudoroso, Ryen cruzó la mirada con Riamhom. El jefe tenía los ojos muy abiertos y los gigantesos puños crispados, dudando de si debía dar ejemplo con el idiota de su discípulo. Ryen acababa de cometer la peor herejía posible en un día que se consideraba sagrado.

—¡Jodido cobarde! —gritó Biers.

La aldea entera abucheó a Ryen. Intentaron subir a la tarima para darle el castigo que merecía, pero los hombres de confianza de Riamhom encargados de la seguridad se afanaron para detenerlos. Los aceros de las armas centellearon al reflejar la luz plateada de la luna, sedientos de sangre.

Biers hacía todo lo posible por alcanzarlos, forcejeando a lo loco y soltando saliva por la boca con sus gritos:

—¡Te mataremos, *keirsha*, te mataremos y no dejaremos nada de ti! ¡Morirás lentamente, bastardo hereje!

—No —la voz de Riamhom sonó tan lúgubre como una losa de muerto—. No lo mataremos

Hizo un gesto con la mano y sus hombres de armas redoblaron esfuerzos para ensanchar el cerco alrededor de la tarima. En el suelo ensangrentado había heridos y algunos aldeanos moribundos. A Ryen se le removió el estómago cuando vio a un chiquillo con la cabeza reventada, sus sesos esparcidos de cualquier manera por la hierba rosada. Su madre gritaba desesperada, haciendo todo lo posible para alcanzar a su pequeño, pero cuanto más luchaba más la obligaba a retroceder la caótica marabunta. Sus gritos de puro dolor le erizaron los pelillos del cuello.

En el rostro de Riamhom no había enfado ni desprecio, ni siquiera pena; había decepción.

—Mira lo que has logrado, Ryen. ¿Y todo para qué? ¿Para sentirte bien contigo mismo? ¿Para mostrarnos a todos tus nobles ideales? Pues enhorabuena, lo has logrado con creces.

—Soy dueño de mi vida. No tenéis el derecho de dictarme como debo vivirla.

—Lo tenemos, te guste o no. Todos debemos nuestras vidas a alguien, por muy miserables que sean —le clavó un dedo acusador en el esternón—. Y tú eres el más miserable de los gusanos que se arrastran en nuestro mundo. Querías librarte de nosotros, ¿no es así? No temas, cumpliré tus deseos. Pero me aseguraré de que no olvides esta noche.

El jefe del clan de los Pumas de Plata lo agarró del cuello de la camisa con una fuerza de titán y lo arrastró tras él. Ryen era duro como la madera y fibroso

como la mejor cuerda tensada, pero supo al instante que intentar resistirse sería inútil, así que se dejó llevar entre tropezones, con la imagen del niño muerto grabada en las retinas.

—¿Está la fragua preparada? —preguntó Riamhom cuando bajaron de la tarima por la parte de atrás. Sus hombres forcejeaban a ambos lados para abrirles un camino entre la turba encolerizada.

—Ya les hemos dado el aviso —chilló Tiak, jadeante al intentar mantenerles el ritmo—. Es una suerte que las brasas aún estén calientes.

—¿Y el marcador?

—He enviado a uno de mis aprendices a buscarlo —dijo Pothinia mientras los seguía con hábiles brincos. Le sonrió a Ryen con un brillo burlón en los ojos—. Vamos a dejarte bien guapo, hereje.

—¿Qué vais a hacerme? —preguntó Ryen con un hilo de voz, pero nadie le dio respuesta.

Sintió cómo se le helaban las entrañas. Estaba claro que lo que fuera que estuviera esperándolo en la fragua sería mucho peor que la muerte.

Sus ojos captaron el brillo delatador del acero en movimiento y siguiendo el instinto alzó el brazo para protegerse el rostro. Una llamarada de dolor le mordió la mano. Una daga la atravesaba de lado a lado, la sangre goteaba codo abajo. Atónito, distinguió a Biers entre la muchedumbre, que se desgañitaba de rabia por haber fallado.

—Adentro —ordenó Riamhom cuando llegaron a la fragua, y empujó a Ryen tan bruscamente que lo tiró al suelo.

Con la respiración acelerada, el joven se apresuró a levantarse. El dolor sordo de la mano era insoportable.

Allí dentro hacía un calor de mil demonios. El instinto le chillaba que debía escapar cuanto antes, pero era incapaz de mover un músculo. El herrero de la aldea, un hombretón musculoso y de malas pulgas, lo acuchillaba con la mirada. Sostenía en la mano un marcador con forma de círculo con un triángulo invertido dentro, rojo y naranja y amarillo brillante. El silbido era tan agudo que Ryen temió que le reventara los tímpanos. Dos hombres grandes como bueyes lo inmovilizaron. Se habría reído, pues ya no le quedaban fuerzas para luchar, pero lo único que consiguió fue un sollozo entrecortado.

Estaba cagado de miedo, y todos lo sabían.

—¿Dónde queréis que lo marque? —preguntó el herrero.

—¡En el rostro! —siseó Pothinia—. Que la vergüenza lo acompañe de por vida. ¡Acabará por enloquecer!

—Márcalo en la mejilla derecha —dijo Riamhom—. Pero con cuidado, no vayas a derretirle el ojo —el jefe soltó un suspiro de gigante y levantó la cabeza de Ryen por el pelo. Sus ojos inexpresivos le provocaron un escalofrío—. Te nombro Cobarde, Ryen. Que tu afrenta no quede impune y todo el mundo sea consciente de tu delito. A partir de ahora ya no tendrás lugar al que ir ni refugio en el que esconderte. Esa será tu penitencia. Sobrellévala con sabiduría —y al soltarlo dio la señal que el herrero estaba esperando.

Ryen quiso forcejear y gritar e implorar que se detuvieran, decirles que estaban cometiendo una locura, pero todo atisbo de resistencia desapareció al instante cuando el hierro al rojo vivo se fusionó contra su mejilla con un sibillante chisporroteo, levantando humo.

Perdió el conocimiento.

Todo él estaba entumecido; sus brazos, sus piernas, su cabeza bamboleante. Tenía la boca dormida y muy hinchada. Un olorcillo a carne asada le cosquilleó en la nariz. Sintió que iba a vomitar al comprender que el olor era suyo. Con la vista emborronada y el rostro atenazado por el dolor, se dio cuenta de que los mismos hombres que lo habían apresado para que le plantaran la Marca del Cobarde en la cara lo estaban arrastrando lejos de la aldea. Sus sandalias dejaban surcos en la tierra. El cielo estrellado se iba esclareciendo a medida que se acercaba el alba. Ryen dejó caer la cabeza y la sangre goteó en la hierba húmeda de rocío.

Una eternidad después, o quizá solo fuera un segundo, lo soltaron. Ryen se encogió en posición fetal y entrevió por las rendijas de sus pestañas a los dos gigantones, que se alejaban abandonándolo a su suerte.

Un búho ululó. Los lobos aullaban a la luna, que ya se escondía en el horizonte para dar paso a un nuevo día.

El despojo que era Ryen se arrastró por el suelo, poco a poco, paso a paso, con la respiración pesada, los músculos temblorosos, y siendo cada vez más consciente del frío que hacía, que se colaba entre sus ropas, helándole la piel maltratada.

Se arrastró como el gusano que era hasta que sus manos manchadas de sangre llenas de rasguños por los zarzales tocaron algo nudoso y firme. Ryen se obligó a levantar el cuello y se encontró con un gran sauce llorón, las largas y estrechas hojas meciéndose con la brisa. Haciendo un último esfuerzo, se sentó con la espalda contra el grueso tronco. La melodía tempestuosa del río Mino lo calmó y se sintió seguro por primera vez en mucho tiempo.

Lloró en silencio, cálidas lágrimas en su rostro atenazado por el frío, el ar-

diente dolor de sus quemaduras, su pecho subiendo y bajando con fuerza con cada hipido. Cerró los ojos húmedos, los débiles puños apretados, el izquierdo sangrando por la herida abierta de la daga, que había desaparecido.

No lloraba por pena o rabia. Lo supo cuando vio las lejanas luces de la aldea, en lo alto de la colina, la cálida luz del sol colándose entre las sencillas casas de barro y mimbre. Lloraba de alegría. De gozosa alegría.

Tras diecinueve largos años, era un hombre libre.

En la boca del lobo

Ryen despertó cuando el sol ya estaba bien alto en el cielo. Necesitó un minuto largo para recordar lo sucedido la noche anterior. La mejilla le zumbaba, hinchada e insensible. Debía tratarse la quemadura de inmediato. Necesitaba ponerse en marcha.

Machacado como estaba y sin atreverse a tocarse la cara, se ayudó del tronco del sauce para levantarse. Joder, qué débil se sentía. Sus piernas apenas eran capaces de sostenerse solas. Y joder, menudas vueltas le daba la cabeza. Incluso el mero hecho de fijar la vista en un punto concreto le estaba costando horrores. Observó la herida de la mano. Era bastante limpia y no sangraba, lo cual era buena señal.

Con paso lastimero se dirigió hacia el río Mino guiándose por su sonido. Por muy cansado y desorientado que estuviera debía empezar a espabilarse, y pronto; ahora era un proscrito, un marginado, y debía evitar por todos los medios cualquier contacto con los tyrethanos.

Debía evitar cualquier contacto con nadie en absoluto.

Llegó al río casi sin darse cuenta y se dejó caer de rodillas en la pedregosa orilla, sintiendo la reverberación del agua en furioso movimiento con cada poro de su piel. Excepto con la piel carbonizada, pensó con una sonrisita irónica y dolorosa cuando esta le tensó la herida. Sumergió la cabeza en el agua helada. Se quedó sin aliento cuando la quemadura le gritó en carne viva, pero se obligó a aguantar, sabiendo que por mucho que le doliera a la larga le evitaría peores episodios de dolor. Sacó la cabeza tosiendo y cogiendo aire a partes iguales, riendo y aullando, y volvió a meterla dentro. Esta vez el dolor se hizo más soportable y se quedó con la cabeza sumergida durante medio minuto. Era un martirio agradable.

Estaba sediento, así que dio grandes tragos de agua fría. Una vez hubo terminado se sentó, ya más espabilado, y sospesó sus opciones. Tenía que encontrar la manera de abandonar Tyrethee. No tenía muy claro adónde ir, pero cuanto más lejos, mejor. La aldea del clan de los Pumas de Plata se encontraba

asentada en la zona septentrional de Tyrethee, cerca de la costa. Si se dirigía al norte llegaría a alguno de los puertos costeros de los clanes de las Morsas de Cobre o de los Gavilanes Azabaches. No sería bienvenido, pero siempre podía ingeniárselas para pasar desapercibido y, con algo de suerte, colarse en uno de los barcos mercantes que iban y venían a Tyrethee por las Aguas de Sangre. Entonces sería libre por fin de los barrotos de hierro de la nación que había sido algo parecido a su hogar.

Pero primero debía centrarse en lo más importante: la quemadura y la herida de la mano. Debía de tratárselas, y pronto, o corría el peligro de que se le infectasen y, con ello, adiós a cualquier sueño de ansiada libertad. Solo se le ocurría una manera de aligerar la hinchazón y poder salir del paso, pero era un plan arriesgado. Muy arriesgado.

—Sin sacrificio no hay recompensa, se suele decir —murmuró con los ojos entrecerrados, fijos en el despejado cielo azul.

Se alejó del pequeño bosque ribereño con paso rápido y cauto sin perder de vista la colina con la aldea en lo alto, de la que aún salía un humo blanquecino. Incluso desde su posición le llegaban retazos incoherentes de conversaciones, risas o gritos. Todo el mundo estaba despierto y Ryen aún deambulaba cerca, como el perro incorregible que sigue regresando con su amo cuando este lo echa a patadas.

Apretando los dientes y con una mueca de dolor de piel tensada, se dirigió hacia los cercanos campos de cultivo, decenas de hectáreas de dorada cebada y avena meciéndose al viento, una de las mejores cosechas de los últimos años. A lo lejos vio el molino, un gigante de piedra con la imponente rueda girando sin descanso por la fuerza del río. Los establos estaban justo al lado. A esas horas de la mañana habría como mínimo seis o siete personas trabajando el campo o cuidando los caballos. Agricultores y mozos de cuadra, sí, pero al igual que Ryen eran tyrethanos adultos.

Seis armas humanas contra una. De haber tenido tiempo Ryen se habría reído de su mala suerte y de sus escasas posibilidades de éxito. Pero el tiempo le iba en contra.

Acuclillado tras el menudo muro de piedra que delimitaba el campo de tallos dorados, Ryen seguía con la mirada a un hombre alto y de complexión fuerte que segaba y segaba sin descanso los brotes maduros de cebada. Le daba la espalda y estaba enfrascado en su tarea, pero sería un error subestimarle; un solo ruido, un paso en falso, y ese alegre y adorable cuarentón se daría la vuelta con la velocidad de un felino y se lanzaría a por el cuello de Ryen con la ferocidad de un lobo hambriento.

El joven avanzó de puntillas por el perímetro, con los cinco sentidos alerta para evitarse sorpresas. Localizó a dos hombres más, uno que araba el campo contiguo con la ayuda de dos jamelgos y el otro tomándose un descanso sentado a la sombra del molino dando un trago de su cantimplora. El hombro de Ryen rozó sin querer el muro y una piedra se desprendió de la estructura. Consiguió cazarla al vuelo cuando apenas le quedaba un dedo para impactar en el suelo, el corazón atronándole en el pecho.

«Habría muerto por una piedra», pensó, sudando bajo la ropa. «Por una maldita piedra».

Consiguió dar el rodeo y llegar a las puertas de los establos sin más perances.

Le preocupaba no haber podido localizar al resto de trabajadores. Con suerte, los tres se encontrarían dentro del molino contando y seleccionando el grano para almacenar una parte y vender el resto. En el peor de los casos, estarían en los establos. No podía descartar la posibilidad de tener que luchar, por mucho que detestara la idea. Luchar y matar. En caso de que lo pillaran no le iban a dar los buenos días.

Contuvo la respiración y se coló por la puerta entreabierta. Se escondió en una esquina entre la pared y una cuadra. La yegua blanca piafó, algo nerviosa por la inesperada llegada del desconocido. Ryen evitó el contacto visual directo y extendió una mano amistosa hacia ella. Con cierto recelo, el majestuoso animal le olfateó y llegó a la conclusión de que no era una amenaza. Aún con las orejas tiesas, empezó a mordisquear las manzanas del cesto.

Ryen dio un rápido vistazo a su alrededor con ojos ágiles y oídos alerta. Debía actuar con la máxima celeridad. Vio lo que buscaba colgado de un gancho de la pared contraria. Humedeciéndose los labios, sacó la cabeza con cuidado para estudiar el largo pasillo de cuadras. El caballo seguía sus movimientos, lleno de curiosidad. Había dos hombres en el pasillo. Uno cargaba con una bolsa llena de jugosas manzanas y las iba racionando con cuidado enfermizo. El otro estaba limpiando una de las cuadras más alejadas con la ayuda de una horca y una carretilla. Ryen tragó saliva. Esa horca, de usarse bien, podía ser un arma temible.

Rodó por el suelo y se escondió detrás de la cuadra contraria cuando ambos hombres le daban la espalda. Con movimientos lentos y cautos descolgó la mochila de cuero y se la pasó por los hombros. Su mirada se cruzó con los inteligentes ojos de la yegua, y le dedicó una sonrisa nerviosa. Se le borró al instante cuando escuchó pasos en la gravilla, que se acercaban. Ahogó un «mierda» y corrió acucillado de nuevo a la esquina en sombras. No se lo pensó dos veces

y se metió dentro del montón de heno. Olía mal y le pinchaba por todas partes, casi no podía ver nada y la quemadura del rostro se quejaba con cada agónico roce. Pero se mantuvo tan silencioso como al principio. Le iba la vida en ello.

Por la estrecha rendija que le permitía vigilar lo que ocurría vio abrirse las puertas que él mismo había franqueado furtivamente hacía unos segundos. El sexto hombre apareció por fin. Era más joven que los demás y tenía la mirada inquieta, observadora. Ryen lo conocía de vista, aunque no se acordaba de su nombre. Era muy hábil con la lanza y más de una vez había tenido bronca durante los entrenamientos debido a sus ansias por destrozar al contrario antes de que pudiera rendirse.

El sudor le picaba al bajarle por la herida, pero Ryen se quedó inmóvil, casi sin respirar.

—Llegas tarde —dijo uno de los mozos de cuadra.

—Ya lo sé —replicó el recién llegado—. Con todo lo ocurrido anoche, la aldea está patas arriba, y necesitaban algo de músculo para poner orden.

El joven se rascó la nariz aguileña y su mirada se quedó posada un momento en el gancho desnudo de la pared. Con el ceño fruncido, apartó la mirada y la recorrió por toda la estancia. Sus ojos se cruzaron un instante con los de Ryen.

La sangre se le congeló en las venas.

El mozo no lo vio, o al menos no dio signos de ello. De haber podido, Ryen habría suspirado de alivio.

—¿Qué habrá sido del Cobarde, Ryen?

—Por su bien, ahora mismo estará muy lejos de aquí —rumió el otro hombre, que se acercó con la horca descansando en el hombro. Llevaba la oscura barba hirsuta y desaliñada, pero sus movimientos eran cautelosos y bien cuidados. Un guerrero paciente—. He conocido a estúpidos e idiotas durante toda mi vida, pero nadie estaría tan loco como para seguir rondando cerca llevando la Marca del Cobarde.

—Pues según se dice, el tal Ryen era un idiota redomado —apostilló el primer hombre, dejándose ver por fin. Era bajito y de compleción fuerte, con rostro lupino. Se apoyó en la portilla de una cuadra y le dio un buen mordisco a una manzana—. Tal y como se comportó ayer, me lo creo. Por muy lejos que vaya, siempre será un apestado, una amenaza. El mundo entero lo repudiará.

—¿Te da lástima? —inquirió el joven con una media sonrisa.

—Sí. Es una pena que no pudiera reventarle la cabeza con mis propias manos.

Los tres rieron con ganas y a Ryen se le subió el calor al rostro. Podía aceptar que lo hubieran puteado durante toda su vida, pero que bromearan con

asesinarlo lo enfureció. Odiaba luchar y siempre había tenido una paciencia de campeonato, pero esta tenía un límite.

—Biers está que se sube por las paredes —dijo el joven, que miró de nuevo hacia el precario escondite de Ryen. ¿Eso había sido una sonrisa fugaz?—. Tu vieron que retenerlo entre cuatro personas. Estaba fuera de control. Riamhom lo ha encerrado en la celda de aislamiento y no saldrá de allí en tres días.

—Siempre ha tenido demasiado genio —constató el barbudo mientras se rascaba la coronilla—. Dicen que en las Tierras de la Gloria se cobró más de veinte muertes. *Veinte*. Un putito crío.

—Tampoco tiene demasiado mérito. Los otros veinte también eran críos —replicó con desdén el bajito. Su rostro de depredador se ensombreció y se acarició la cicatriz que le cruzaba la frente—. En el infierno haces cualquier cosa para sobrevivir otro día más. Que Gorkhan se me lleve si yo no hice las atrocidades que hice entonces.

—¿Remordimientos? —preguntó el joven con tono burlón. Le arrebató la horca al barbudo con movimientos suaves. Su compañero se lo miró extrañado, pero le dejó hacer.

—Solo los necios los ignoran —gruñó el otro.

—Debo ser un necio, entonces.

El mozo empuñó la horca y la hundió en el heno en un abrir y cerrar de ojos. Ryen estaba preparado y salió de un salto, la cabeza retumbándole y el corazón bombeando incansable. Los punzones del arma rozaron su pelo con un silbido ensordecedor, arrancándole algunos mechones. Ryen lanzó la bolsa contra la cara del barbudo para cegararlo y ganar tiempo. Le asestó un puñetazo bien medido en la entepierna y lo dejó aullando en el suelo. Ni a tiempo estuvo de alegrarse por su breve victoria cuando la horca culebreó buscando su espalda. Ryen se apartó a un lado y desvió el mango con un golpe seco de la palma de la mano. No podía parar de moverse; eso era primordial. El hombre bajito soltó un rugido de guerra y corrió en su dirección empuñando una hoz, los nudillos blanquecinos. Ryen cogió un cubo de peltre que había en el suelo y bloqueó el feroz ataque en el último momento. La fuerza del impacto hizo que se mordiera la lengua sin querer. Notó la salada sangre en la boca. Bizqueando, lanzó el cubo abollado a un lado, apresó la muñeca de su agresor en su nueva arremetida y, aprovechando la fuerza y el impulso de su adversario, lo lanzó por los aires.

Antes de que Bajito se estampara contra una de las cuadras y los caballos corcovearan ateridos, Ryen ya había vuelto a encararse con el joven de la sonrisa burlona. Se permitió sonreír él también con dientes ensangrentados y

acomodó el mango de la hoz robada en la mano. Sonrisas le lanzó una lluvia de frenéticas estocadas con la horca. Claramente en desventaja por el poco alcance de su arma, Ryen aguzó todo su ingenio y agilidad para esquivar, evadir y escapar de la muerte, que ya le llegaba, le susurraba al cuello con aliento helado.

Hubo una nueva lanzada, esta vez bien dirigida a su cara, y Ryen saltó hacia atrás acusando el cansancio. Su sorpresa fue mayúscula cuando una mano le apresó el tobillo con la fuerza de una tenaza y lo hizo caer. Su cuerpo se enredó con otro y rodaron por el suelo. El tiempo pareció detenerse; la hoz se había hundido en el rostro contrito por la rabia y la sorpresa de Bajito, de la que manaba sangre a borbotones. No había sido su intención matarlo, pero en la locura de la batalla los planes casi nunca salían como uno quería. Ryen sintió una mezcla de culpa y éxtasis al ver cómo la vida se le iba escapando a su contrario.

—¡Hijo de puta! —bramó Barbudo, que aún seguía aferrado a su tobillo. Se estaba recuperando a marchas forzadas y tiraba de Ryen con el rostro rojo y enloquecido. La otra mano estaba apretada contra su entrepierna—. ¡Yumer, avisa a los demás!

Su diatriba se convirtió en un aullido agonizante cuando Ryen le separó la muñeca del brazo con la hoz. Del muñón manó sangre oscura y densa.

Casi sin resuello, Ryen se apresuró a deshacer la presa que eran los dedos de la mano sin dueño. Rodó hacia atrás para evitar el enésimo lanzazo de Yumer. La puntas hicieron saltar yeso y polvo. El joven tyrethano ya no sonreía en absoluto.

—Es imposible que salgas con vida después armar este escándalo —le advirtió entre dientes, apuntándolo con la horca en una posición baja. Detrás de él Barbudo se acunaba el muñón, sollozando—. Anda, sé bueno y deja que acabe con tu sufrimiento. Me lo agradecerás.

—Mejo no hables tanto, no vaya a ser que te llesves una sorpresa —masculló Ryen sin perderlo de vista.

Yumer lo estaba arrinconando contra la pared del fondo, con lo que se estaba quedando sin opciones. Acalorado por el fragor de la batalla, Ryen dio otro paso cauto hacia atrás, hoz en ristre. Los relinchos de pánico de los caballos apenas eran un zumbido molesto en sus oídos embotados. Los ojos abiertos y ateridos, apenas una molestia. Entonces se percató y mantuvo su semblante concentrado para no darle ninguna pista a Yumer.

El joven se lanzó de nuevo a por él con toda la fiereza de lo que era capaz. Justo lo que había estado esperando. Ryen rompió la cerradura de la cuadra con la hoz y el caballo salió al pasillo con tanta fuerza que casi arranca la portilla

de cuajo. El semblante sombrío de Yumer pasó a uno de incredulidad cuando el gigantesco animal se abalanzó sobre él a toda velocidad. Se convirtió en una mueca total de alarma cuando Ryen liberó hasta a tres caballos más que siguieron enloquecidos a su compañero, llevándose todo por delante. El joven tyrethano se pegó contra la pared en el último segundo para que no lo arrollaran.

Aprovechando la confusión, Ryen montó a pelo una yegua briosa y de porte orgulloso y la puso al galope presionándole ambos flancos con las sandalias de cuero. Yumer hizo un último y valeroso intento para detenerlos, buscando ponerle la zancadilla a la yegua con el mango de la horca. Antes de que le diera tiempo a completar su maniobra, Ryen descargó el pie contra su boca y lo envió al suelo en un arco sanguinolento de dientes rotos. Intentó pescar la mochila colgándose del flanco izquierdo del animal, pero falló por los pelos, las puntas de sus dedos rozando impotentes las correas. Lleno de frustración, se obligó a seguir adelante. Intentar dar la vuelta sería un suicidio. Distinguió por el rabillo del ojo una masa de carne sanguinolenta y pisoteada que en algún momento había sido Barbudo. Pobre desgraciado.

El sol le cegó al salir al exterior. Entrecerró los ojos y vio al hombre de la cantimplora, de pie y con cara de tonto no muy lejos. Ryen lo saludó con la mano con una sonrisa nerviosa y espoleó a la yegua con más fuerza, aferrado a la crin y el cuerpo inclinado hacia adelante, la vista siempre al frente. La preciada cebada era un borrrón dorado a su paso. No poder llevarse ni una triste brizna le dolió más que perder la mochila, pues la necesitaba para preparar un unguento con el que tratarse las heridas.

El viento le fustigaba el rostro y le removía el pelo con fiereza. Con cada brinco del brioso galope la quemadura se le tensaba y le ardía como fuego vivo. La mano herida se le había entumecido. Dirigió al animal hacia el camino pensado de tierra, dejando atrás al resto de los agricultores, que gritaban con las herramientas alzadas.

Debía poner pies en polvorosa e intentar llegar lo más lejos posible en un día. No estaba seguro de cuánto podría aguantar la yegua, pues era un animal que se usaba para el trabajo de campo, no para largas carreras. Con los ojos muy abiertos de la tensión, Ryen le dio unas palmaditas amistosas al cuello para darle apoyo, sin atreverse a mirar por encima de su hombro.

El clan de los Pumas de Plata se enteraría más pronto que tarde de su desastrosa incursión, y no durarían ni un instante en perseguirlo hasta la muerte. Ryen les había puesto la excusa perfecta en bandeja de plata; los tyrethanos tan solo perseguían a los marcados con el signo de la Cobardía si cometían un asesinato, y Ryen había infringido las reglas por partida doble. La idea de dejar Tyrethee para siempre era más tentadora que nunca.

—Espero que aguantes, pequeña —susurró a la asustada yegua—. Por el bien de ambos.

Cabalaron y cabalaron durante horas. El sol se estaba ocultando en el horizonte, el cielo era rojo y amarillo y azul oscuro. El agotamiento empezaba a hacer mella para ambos, hombre y animal. Haciendo gala de un aguante mucho mayor de lo esperado, la yegua mantenía el galope por pura tozudez, resollando por los ollares y sudando a mares. Ryen estaba molido, sediento y hambriento. Su cara era una agonía interminable. En cuanto la adrenalina había abandonado su cuerpo descubrió un feo tajo en el hombro. Suponía que en algún momento de la loca refriega Yumer lo había alcanzado con su arma.

El paisaje había cambiado. Las extensas praderas de las Tierras de Nadie habían sustituido a las numerosas colinas circundantes de la aldea de los Pumas de Plata. Las Tierras de Nadie era una vasta extensión de hierba amarilla y tierra dura dónde resultaba casi imposible cultivar nada. Además el agua era escasa, así que no había asentamiento humano alguno en varios kilómetros a la redonda. Los cascos de la yegua dejaban tras de sí una densa humareda de polvo rojizo. Ryen tosió al respirarlo, la garganta reseca.

Necesitaban tomarse un respiro. Si forzaba demasiado a la yegua correría el peligro de perderla, y no podía permitirselo. Tiró de la crin para que aflojara el paso en un trote esforzado. Ryen buscó en todas direcciones algún lugar que pudiera servirle de refugio. Ya se imaginaba a medio clan movilizado y siguiendo su rastro, con caballos mejor preparados, el ánimo candente por la venganza y sin ninguna herida que cargar.

Maldita fuera su suerte y él mismo. ¿No podría haberse limitado a seguir las reglas y evitarse todo ese embrollo? Si se lo hubiera pensado mejor ahora podría estar descansando en su catre o dirigiéndose al puerto más cercano para coger un barco y convertirse en mercenario o algo por el estilo. No estaría viviendo esa pesadilla.

—Pero yo lo escogí —gruñó entre dientes, poniendo la yegua al paso—. Tomé mi decisión. ¿Querían que siguiera sus designios? Pues que les jodan. Prefiero esta pesadilla a cualquier otra opción.

Malhumorado y exhausto, sacó a la yegua del camino. Quería encontrar un arroyo del que beber o algún sendero por el que borrar su rastro.

Los cascos crujieron al pisar hierba seca y la yegua dio un resoplido decidido. Ryen admiró su fuerza. El animal no se preocupaba por lo que pudiera sucederle; seguía adelante y ponía todo su empeño en ello. Debería seguir su ejemplo.

—Eres una buena chica —la felicitó, acariciándola con mano temblorosa. Estaba perdiendo fuerzas a marchas forzadas—. Lo estás haciendo genial. Confía en mí, encontraremos algo de agua y comida. Tan solo tenemos que seguir un poco más...

Ryen detuvo a la yegua de un tirón y ambos se quedaron muy quietos. El animal alzó las puntiagudas orejas, en guardia. El joven entrecerró los ojos para ver mejor. Le había parecido que algo se movía a lo lejos... ¡Allí estaba otra vez! Se les acercaba, sin prisa, y no tenía ni idea de qué podía ser.

Ryen desenganchó la hoz del cinturón y se preparó. Le preocupaba su penoso estado físico, ya no digamos de salud. Estaba sudando a mares, signo de los primeros síntomas de fiebre. Se defendería con uñas y dientes, por muy débil que estuviera.

Conteniendo la respiración, esperó y esperó. La yegua intentó retroceder, pero Ryen se lo impidió. Tras una espera que se hizo interminable la silueta se detuvo a unos pocos pasos de distancia. Ryen comprendió entonces por qué le había costado tanto identificarlo desde lejos; el desconocido iba vestido con una capa del color de la propia estepa, lo que le confería un camuflaje casi perfecto. La capucha ocultaba su rostro.

Se quedaron un largo minuto mirándose el uno al otro, Ryen intentando atisbar algo en las sombras de la capucha. El desconocido alzó las manos poco a poco y se la quitó de encima con cuidado.

Ryen abrió los ojos de la sorpresa.

—Estás herido —dijo el desconocido con voz grave. La oscura frente se arrugó cuando frunció el ceño. El rostro estaba curtido y maltratado por la larga exposición a la intemperie y los ojos eran duros como pedernales—. Y en apuros, por lo que veo.

—Sí, eso parece —dijo Ryen. Nunca había visto a alguien parecido a ese hombre, de piel tan oscura como la noche. Estaba claro que no era tyrethano. Reconoció el amago de la vaina de espada que se entreveía en sus holgados ropajes. Mejor no ponerlo nervioso—. No es mi mejor día.

—Y no hará más que empeorar —el desconocido miró al cielo, acentuando aún más su expresión de desagrado—. Se avecina tormenta.

Ryen lo imitó y no vio ni una mísera nube. Se encogió de hombros e inquirió con cautela:

—¿Puedo preguntar quién eres?

—Yo no soy nadie. Estas tierras malditas se han encargado de ello —Gruñón lanzó un escupitajo al suelo—. Por lo que a ti respecta, no hay que tener

muchas luces para darme cuenta de que eres un proscrito y, con toda probabilidad, uno fugado. ¿Qué has hecho?

Ryen tragó saliva, pero dijo la verdad:

—Maté a dos hombres.

—Un asesino a la fuga. ¿Tyrethanos?

—Así es.

—¡Ja! —Gruñón lanzó un rabioso puñetazo al cielo, haciendo ondear la capa—. Les está bien empleado. Un tyrethano muerto es siempre una buena noticia.

—¿Ah, sí? —preguntó Ryen con un susurro. En su opinión ninguna muerte era una buena noticia para nadie—. Entonces hoy es un día dichoso, supongo.

—Ya lo creo —dijo Gruñón con una sonrisa que no se reflejaba del todo en sus ojos. Se cruzó de brazos y miró a Ryen de arriba abajo—. Tú no eres tyrethano.

—No, no lo soy.

—Pero te han criado como a uno.

Ryen hizo una mueca dolorosa con el rostro.

—No ha sido un camino de rosas, la verdad.

—Y necesitas ayuda, además. Esas heridas no tienen buena pinta, sobre todo la de la cara —el forastero se acercó y dejó que la yegua le oliera las manos para que confiara en él—. He visto esa marca antes. ¿Mataste a esos tyrethanos antes o después de que te nombraran Cobarde?

—Después —reconoció Ryen, con la vista en el suelo—. Y que conste que no quería matarlos.

—Eso es lo de menos —suspiró el hombre negro—. Estás metido en un buen lío, chico.

—Lo sé. Será mejor que sigas tu camino. Me están persiguiendo. No quiero salpicar a nadie con mis errores.

—Ahora ya es un poco tarde para eso, ¿no crees? ¿Aceptarías que un viejo despojo como yo te echara una mano?

Ryen se estremeció por el alivio y sintió el escozor de las lágrimas tras los ojos.

—Sí —graznó—. Lo haría con mucho gusto.